



ORDO EQUESTRIS
SANCTI SEPULCHRI HIEROSOLYMITANI

HACER UNA PARADA CON EL SEÑOR

Una hora de adoración durante la peregrinación a Jerusalén



Una propuesta espiritual para acompañar en la oración a nuestros hermanos de Tierra Santa e invocar la paz para Oriente Medio.

Realizado por el Servicio de Comunicación del Gran Magisterio
en colaboración con Mons. Fortunato Frezza,
biblista y Maestro de ceremonias de la Orden

Índice

La Vía Dolorosa	4
La Iglesia católica armenia	5
La parada de oración	8
Rezando por la paz	13
Sugerencia para la Oración	16

sitio internet: www.oessh.va

e-mail: comunicazione@oessh.va

 @GM_oessh  @granmagistero.oessh

La peregrinación a Tierra Santa permite crear un espacio en nuestra vida para descubrir nuevamente la belleza incalculable de estar con el Señor recorriendo sus pasos.

En Jerusalén, en las calles llenas de voces y colores del casco viejo, podemos elegir andar por la Vía Dolorosa y recorrer con Jesús el camino hasta el Calvario, con la certeza de su victoria sobre la muerte.

A veces nos gana el frenesí de los momentos, el ruido, las innumerables cosas que pasan a nuestro alrededor y en nuestro interior, de tal manera que esta experiencia se hace difícil de vivir plenamente.

Este año queremos invitar a los Caballeros y Damas de la Orden que van a tener la suerte de vivir la peregrinación por la tierra de Jesús, a hacer una parada de oración durante el tiempo de marcha por la Vía Dolorosa, permitirse la alegría de un momento de adoración eucarística, vivir una etapa de descanso para el alma llevando en el corazón una intención especial por la paz en Tierra Santa y Oriente Medio. La oración nos permite cumplir nuestra misión de apoyo hacia el Patriarcado latino de Jerusalén, no solamente material sino también espiritualmente.

La Vía Dolorosa

Un paso tras otro... hacia la muerte o hacia la vida. La Vía Dolorosa no disimula el sufrimiento de Jesús cuando la recorre, pero deja la puerta abierta al misterio de la confianza concedida al Padre para que se haga Su voluntad al misterio del amor que no guarda nada para sí, al misterio de la vida que se abre cuando la espiga de trigo cae en tierra y muere.

Recorremos este camino hoy ayudados, como Jesús, por la suave mirada materna de María. En la estación número IV recordamos el encuentro de Jesús con aquella que dijo sí al anuncio de su venida y que siguió diciendo sí, incluso en los momentos más difíciles. Que el sí de María que acogió a Jesús en su seno, que le enseñó las necesidades del mundo en las bodas de Caná y que le siguió hasta la cruz, sea hoy un ejemplo para nosotros en esta etapa de descanso espiritual.



Durante el Vía Crucis, Jesús cruzó la mirada de María, vaso de misericordia. Las lágrimas que rodaban por sus mejillas, al mirar el sufrimiento de su Hijo, se mezclan a nuestras lágrimas cuando nos sentimos impotentes para aliviar el sufrimiento, y al mismo tiempo su mirada nos hace solidarios unos con otros.

La Iglesia católica armenia

La iglesia que se encuentra en la IV estación de la Vía Dolorosa, Nuestra Señora del Espasmo, pertenece al Exarcado patriarcal armenio católico. El apostolado de oración se ejerce dentro de la iglesia a través de la adoración eucarística por las religiosas Discípulas del Divino Maestro, que tienen allí una comunidad pequeña.



La Iglesia católica armenia es una de las diferentes Iglesias orientales. Nace de la unión de una parte de la Iglesia apostólica armenia y de la Sede apostólica romana. Sus raíces se encuentran en Cilicia, pero la historia de esta fe también ha pasado por Turquía, para volver después y de manera definitiva al Líbano. En Tierra Santa, la presencia armenia se remonta al siglo V.

La Iglesia armenia católica en Jerusalén se encuentra en un lu-

gar muy especial para los cristianos: a lo largo de la Vía Dolorosa, entre las estaciones III y IV del Viacrucis, ruta que marca las etapas del camino y la primera caída de Jesús, pero también el encuentro con la Virgen María. Es la iglesia de «Nuestra Señora del Espasmo».

Precisamente en este lugar lleno de historia y cultura se encuentra otra pequeña comunidad cristiana de Jerusalén. Una iglesia verdaderamente minoritaria si se considera que en toda Tierra Santa tan solo hay 90 familias armenias católicas, representadas por un obispo sin clérigos con el título de exarca, que tiene jurisdicción sobre todos los armenios católicos de Israel, Palestina y Jordania.

“

El desafío es el testimonio... nosotros intentamos siempre dar el buen ejemplo a todos los que nos rodean

”

La diversidad de ritos litúrgicos es un aspecto fundamental en la vida de la Iglesia. La celebración del rito armenio es una mezcla del romano y bizantino, en el que un diácono asiste al celebrante.

«Jerusalén es un vicariato patriarcal, explica

Mons. Raphael Minassian, exarca patriarcal de la Iglesia armenia católica hasta 2011. Aquí siempre hemos soportado la política, la sufrimos aún ya que los miembros de la Iglesia armenia católica de Jerusalén no todos viven en el interior de las murallas y por consiguiente es difícil para ellos, tienen que pedir autorización para venir a celebrar con su Iglesia. Se pueden encontrar armenios católicos en todas las Iglesias no armenias, católicas, allí donde viven, donde la Iglesia está cerca de ellos. Doy gracias al Señor porque nuestros cristianos sigan siendo fieles y participen en la vida de la Iglesia... y eso es una gracia excepcional».

La Iglesia armenia católica fue construida por el papa Benedicto XIV entre 1740 y 1758. Posee comunidades en el Líbano, Irak, Egipto, Siria, Turquía, Israel, Palestina y otros lugares de la diáspo-

ra armenia en el mundo. Se calcula el número de fieles en unos 540.000, mientras que el primado de la Iglesia armenia católica es el Patriarcado de Cilicia, con una sede en Beyrouth: Gregorio Pedro XX Ghabroyan

Como su pueblo, la Iglesia armenia católica ha conocido muchas dificultades a lo largo de su historia. En 1915, el pueblo armenio fue víctima de uno de los mayores crímenes de la historia: el genocidio perpetrado por los turcos. Entre las masacres y las deportaciones, encontraron la muerte más de un millón y medio de personas.

En Jerusalén, la Iglesia armenia católica se eleva en el zoco árabe, dónde cada día circulan centenares de peregrinos, donde se mezclan las idas y venidas continuas de musulmanes y judíos.

«El desafío es el testimonio – sigue diciendo Mons. Minassian –, el testimonio cristiano, no confesional... nosotros intentamos siempre dar eso, el buen ejemplo a todos los que nos rodean, ya sean judíos o musulmanes. Porque de vez en cuando entran y piden algo, plantean cuestiones interesantes, a veces tratamos de dar una explicación que los acerca a Cristo, a Dios».

*Sacado del sitio de la Custodia de Tierra Santa
con algunas actualizaciones necesarias*

La parada de oración

Suele ocurrir que cuando se tienen muchas ideas en la cabeza y muchas actividades programadas, la peregrinación se transforma en una “carrera” tras muchas cosas, por muy bellas que sean. Este año, en la Vía Dolorosa, proponemos un tiempo de descanso espiritual.

Un corazón que reza en el centro de Jerusalén

Desde marzo de 2009, en la cripta de la cuarta estación de la Vía Dolorosa (iglesia de los armenios católicos) tiene lugar la adoración eucarística perpetua organizada por una comunidad religiosa femenina, las Discípulas del Divino Maestro, con la colaboración de laicos voluntarios y peregrinos que encuentran en este lugar un oasis de silencio. Desde el corazón de esta ciudad santa se eleva una oración perenne por las necesidades de los pueblos que viven allí y los del mundo entero.



La adoración en la vida de los santos

Nosotros, peregrinos, tenemos la posibilidad de unirnos a la oración de los santos y tomar un momento de descanso en nuestro camino para acercarnos al Señor y velar con él.

Tú estás aquí, Señor en la Sagrada Eucaristía, a dos pasos de mí, dentro de ese Tabernáculo. Tu cuerpo, tu alma, tu humanidad, tu divinidad, todo tu ser esta ahí presente con sus dos naturalezas. Dios mío, qué cerca estás de mí, Jesús, Salvador mío, Hermano, Esposo y Bien Amado de mi alma. Y tú no estabas más cerca de tus Apóstoles, cuando te sentabas en medio de ellos, de lo que lo estás ahora de mí, Dios mío. Cuánta felicidad la mía.



Besar los lugares que tú santificaste en tu vida mortal, como las piedras de Getsemaní y del monte Calvario, el suelo del camino doloroso, y las aguas del mar de Galilea, puede ser acto de piedad, y muy dulce; pero no debe preferirse a tu Tabernáculo, porque sería abandonar a Jesús vivo, dejarlo sólo cuando puedo estar en su presencia, para ir a venerar unas piedras muertas, en las cuales no está; sería dejar su habitación y su divina compañía para ir a besar el suelo de un aposento que alguna vez ocupó, pero que ya no habita...

El Beato Carlos de Foucauld

Oh Santa Hostia, en la que está la misericordia del Padre, del Hijo y del Espíritu santo hacia nosotros y, especialmente, a los pobres pecadores.

Oh Santa Hostia, en la que está encerrado el precio infinito de la misericordia, que compensará todas nuestras deudas y, especialmente, la de los pobres pecadores.

Oh Santa Hostia, en la que encierra la fuente de agua viva que brota de la infinita misericordia hacia nosotros y, especialmente, para los pobres pecadores.[...]

Oh Santa Hostia, nuestra única esperanza en todos los sufrimientos y contrariedades de la vida.

Oh Santa Hostia, nuestra única esperanza entre las tinieblas y las tormentas interiores y exteriores.

Oh Santa Hostia, nuestra única esperanza en la vida y en la hora de la muerte.

Oh Santa Hostia, nuestra única esperanza entre los fracasos y el abismo de la desesperación.

Oh Santa Hostia, nuestra única esperanza entre las mentiras y las traiciones.

Oh Santa Hostia, nuestra única esperanza entre las tinieblas y la impiedad que sumergen la tierra.

Oh Santa Hostia, nuestra única esperanza entre la nostalgia y el dolor, en el que nadie nos comprende.

Oh Santa Hostia, nuestra única esperanza entre las fatigas y la vida gris de todos los días.

Oh Santa Hostia, nuestra única esperanza cuando nuestras ilusiones y nuestros esfuerzos se esfuman.

Oh Santa Hostia, nuestra única esperanza entre los golpes de los enemigos y los esfuerzos del infierno.

Oh Santa Hostia, confiaré en Ti cuando las dificultades excedan mis fuerzas y cuando mis esfuerzos resulten inútiles.

Oh Santa Hostia, confiaré en Ti cuando las tormentas agiten mi corazón y el espíritu aterrorizado comience a inclinarse hacia la desesperación. [...]

Oh Santa Hostia, confiaré en Ti cuando Tu juicio resuene sobre mí, en aquel momento confiaré en el mar de Tu misericordia.

Oh Santísima Trinidad, confío en tu infinita Misericordia, Dios es mi Padre, entonces yo, como su hija, tengo todo derecho sobre su Corazón Divino y cuanto más grandes sean las tinieblas, tanto más decidida debe ser mi confianza. No alcanzo a comprender cómo se puede no tener confianza en Aquel que todo lo puede. Con Él todo, sin



ÉL nada. Él, el Señor, no permitirá ni dejará que queden confundidos aquéllos que han puesto en Él toda su confianza.

Santa Faustina Kowalska

La importancia de la oración en la vida de un miembro de la Orden

La oración, para los Caballeros y Damas de la Orden, es un alimento en el camino para que el servicio al prójimo a través de nuestro tiempo, nuestra energía, lo que somos y lo que tenemos, pueda vivirse con confianza en el amor y el abandono de sí al Padre.





Dejémonos conquistar por la belleza de la escucha de la voz de Dios a través del silencio de la adoración y llevémosle las necesidades de este mundo, principalmente las de Tierra Santa, ya que frente a Él nunca estamos solos, con la oración que Jesús nos enseñó, somos hijos de un Padre que es nuestro y

no solamente mío.

Recemos también con María en esta estación de la Vía Dolorosa que la muestra al lado de su hijo. Ella que es la madre de Dios y nuestra madre, intercede por nosotros.

Pidamos al Espíritu Santo que venga en nuestra ayuda en la oración como nos lo asegura el Apóstol: «El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad, porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables. Y el que escudriña los corazones sabe cuál es el deseo del Espíritu, y que su intercesión por los santos es según Dios» (*Romanos 8, 26-27*).

Rezando por la paz

«La paz os dejo, mi paz os doy;
no os la doy yo como la da el mundo».
(Juan 14, 27)

La paz, *shalom*, forma parte de las promesas que Jesús nos hizo. Estamos hoy aquí para pedirla para nosotros, en nuestras vidas, nuestras comunidades, y para esta tierra que tanto amamos.

Shalom no significa la ausencia de guerra, es algo mucho más profundo. *Shalom* concentra diferentes significados, como cada palabra del hebreo: felicidad, seguridad, tranquilidad, plenitud, perfección, armonía, integridad, finalización, entereza. El sentido que nuestra vida adquiere cuando estamos anclados en la roca de nuestra salvación.

El cardenal Carlo María Martini, que tanto amaba a Jerusalén, escribió, respecto a esta ciudad y la paz, palabras que podemos repetir nosotros hoy:

Pero ya se presenta el dilema trágico que acompaña desde hace tiempo su historia: ¿ciudad del encuentro, del diálogo o el crisol de tensiones y enfrentamientos como aquellos a los que asistimos hoy? «Si hay una paz en Jerusalén, habrá una paz en cualquier parte del mundo». Por eso es necesario ir a Jerusalén con sentimientos de paz, como agentes de paz.

Esto pide colocar muy alto en la escala de valores el respeto al otro, a su tradición y cultura, en la persuasión de que tiene en sí la misma dignidad humana que hay en mí y que goza de los mismos derechos y prerrogativas.

Esto debe conducir a sentir como nuestros los sufrimientos del otro, del que es diferente de nosotros. Es de ahí de dónde nace la esperanza que vive en cada uno de nosotros cada vez que venimos como peregrinos a Jerusalén, la esperanza que alminares y campanarios se

convierten en símbolos de respeto y acogida para todos, convencidos de que todos aquellos que reconocen a Dios se sienten sus criaturas y sus hijos, queridos del mismo modo.

Aquel que vive en Jerusalén sabe que hay aquí, a nivel de pequeñas iniciativas, tantos esfuerzos, tentativas de diálogo, encuentros, comprensión, reconciliación y perdón. Personas que trabajan a menudo en el silencio y en lo secreto, que no llaman la atención de los medios de comunicación, lo que de hecho merecerían. Son ellos los que han entendido que la paz tiene un precio y que cada uno tiene que empezar a pagar su parte. Para aquellos que van a Jerusalén solamente por unos días, puede ser una experiencia extraordinaria también la de encontrar esta realidad, descubrir, conocer y dar a conocer su compromiso para la paz.

Encontrar Jerusalén, pues, quiere decir encontrarla para amarla, para acoger incluso en las tensiones que siempre ha vivido y que sigue viviendo hoy, su llamada a convertirse en agentes de paz.

Carlo María Martini

Sacado de «Avvenire», 26 de noviembre de 2004



Llevemos todo esto en nuestro corazón mientras nos acercamos al Santísimo Sacramento para adorarlo e implorar la paz.

Testimonio e invitación de Sor Gabriella Schiavone

Nuestra pequeña comunidad internacional está formada por cuatro religiosas y se encuentra en Jerusalén desde 2009. Pertenece-mos a la Congregación de las Discípulas del Divino Maestro, nuestro deber específico dentro de la Iglesia es honrar a Jesús presente en la Eucaristía, con los sacerdotes y en la vida litúrgica.

Aquí en Jerusalén, en el centro de la vieja Ciudad, protegemos la iglesia armenia católica en la que también se encuentran las estaciones III y IV del Viacrucis, pero sobre todo vivimos nuestra dimensión de adoración dando las mismas posibilidades a todos los que lo desean.

Es hermoso encontrarnos aquí y ampliar nuestra invitación para «invocar la paz para Jerusalén» y para el mundo entero: en los países, en las familias y en los corazones. Nos sentimos en primera línea con alegría y... también algunos miedos. Queremos ofrecer a las personas y grupos que vienen aquí, un clima de paz, un verdadero oasis de silencio, oración y acogida. En el ruido confuso y frenético de este rincón particular del barrio musulmán, queremos que los diferentes fieles y turistas, a veces distraídos, se encuentren consigo mismo delante del Señor Jesús, Muerto y Resucitado aquí.

Observamos con alegría que hasta los grupos que más prisa tienen, aquí en la soledad, olvidan durante un instante la cámara de la que no pueden separarse, para arrodillarse.

Sugerencia para la Oración

El Señor es mi luz y mi salvación,
¿a quién temeré?
El Señor es la defensa de mi vida,
¿quién me hará temblar?
Cuando me asaltan los malvados
para devorar mi carne,
ellos, enemigos y adversarios,
tropiezan y caen.
Si un ejército acampa contra mí,
mi corazón no tiembla;
si me declaran la guerra,
me siento tranquilo.
Una cosa pido al Señor,
eso buscaré:
habitar en la casa del Señor
por los días de mi vida;
gozar de la dulzura del Señor,
contemplando su templo.
Él me protegerá en su tienda
el día del peligro;
me esconderá en lo escondido de su morada,
me alzaré sobre la roca;
y así levantaré la cabeza
sobre el enemigo que me cerca;
en su tienda sacrificaré
sacrificios de aclamación:
cantaré y tocaré para el Señor.
Escúchame, Señor, que te llamo;
ten piedad, respóndeme.
Oigo en mi corazón: «Buscad mi rostro».
Tu rostro buscaré, Señor,
no me escondas tu rostro.

No rechaces con ira a tu siervo,
que tú eres mi auxilio;
no me deseches, no me abandones,
Dios de mi salvación.

(*Sal* 26,1-9)

En aquel tiempo, los Apóstoles se reunieron con Jesús y le contaron todo lo que habían hecho y lo que habían enseñado. Él, entonces, les dice: «Venid también vosotros aparte, a un lugar solitario, para descansar un poco». Pues los que iban y venían eran muchos, y no les quedaba tiempo ni para comer. Y se fueron en la barca, aparte, a un lugar solitario. Pero les vieron marcharse y muchos cayeron en cuenta; y fueron allá corriendo, a pie, de todas las ciudades y llegaron antes que ellos. Y al desembarcar, vio mucha gente, sintió compasión de ellos, pues estaban como ovejas que no tienen pastor, y se puso a enseñarles muchas cosas.

Al verlos partir, muchos los reconocieron, y de todas las ciudades acudieron por tierra a aquel lugar y llegaron antes que ellos. Al desembarcar, Jesús vio una gran muchedumbre y se compadeció de ella, porque andaban como ovejas sin pastor, y empezó a enseñarles muchas cosas. Cuando se hizo tarde se acercaron sus discípulos a decirle: Estamos en despoblado y ya es muy tarde. Despídelos, que vayan a los cortijos y aldeas de alrededor y se compren de comer. Él les replicó: Dadles vosotros de comer. Ellos le preguntaron: ¿Vamos a ir a comprar doscientos denarios de pan para darles de comer?. Él les dijo: ¿Cuántos panes tenéis? Id a ver. Cuando lo averiguaron le dijeron: Cinco panes y dos peces. Él les mandó que hicieran recostar a la gente sobre la hierba en grupos. Ellos se acomodaron por grupos de ciento y de cincuenta. Y tomando los cinco panes y los dos peces alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los dio a los discípulos para que se los sirvieran. Y repartió entre todos los dos peces. Comieron todos y se saciaron, y recogieron las sobras: doce cestos de pan y de peces. Los que comieron eran cinco mil hombres”.

(*Mc* 6,30-44)

En aquel tiempo, dijo la gente a Jesús: «¿Y qué signo vemos que haces tú, para que creamos en ti? ¿Cuál es tu obra? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: “Les dio a comer pan del cielo”». Jesús les replicó: «Os aseguro que no fue Moisés quien os dio pan del cielo, sino que es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo». Entonces le dijeron: «Señor, danos siempre de este pan». Jesús les contestó: «Yo soy el pan de la vida. El que viene a mí no pasará hambre, y el que cree en mí nunca pasará sed».

(Juan 6,30-35)

MEDITACIÓN: **Un cuerpo para la Eucaristía**

El Señor, nuestro Jesucristo, Hijo de Dios e Hijo de María de Nazaret, cuando entró en el mundo dijo: «Tu no quieres sacrificios ni ofrendas, pero me has preparado un cuerpo; no aceptas holocaustos ni víctimas expiatorias. Entonces yo dije lo que está escrito en el libro: “Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad”». (*Hebreos* 10, 5-7)

Estas palabras, provenientes del ultracósmico, captadas por un registro gráfico terrestre, son la señal de un diálogo misterioso que acompaña la salida de la órbita trinitaria del Hijo de Dios, que entra en el espacio de nuestro ecosistema, donde, con nosotros, comienza a vivir como en una tienda protectora y provisional.

Por el seno del Padre, el Hijo entra en el mundo. Es consciente de recibir un cuerpo que le permite prometer la obediencia al Padre y habla de eso con Él en eterna comunicación del diálogo trinitario ininterrumpido: «me has preparado un cuerpo». Se diría que todo está cumplido. Sin embargo es, al contrario, el principio del camino del Hijo en nuestra historia terrestre.

Para que esta entrada llegue, tiene que haber una puerta abierta, hace falta otro “He aquí”, como otra obediencia. Una criatura

humana entra en el diálogo trinitario, María de Nazaret, que habla con el ultracósmico. Ha sido llamada «tierra del Cielo» porque acoge a un Ángel, se declara sierva del Padre, acoge al Espíritu Santo y concibe al Hijo. A partir de ese momento, la Nazarena y el Nazareno ya no se separarán nunca, por la eternidad, ni en la tierra, ni en el Cielo.

Donde quiera que vaya, el Hijo lleva con Él carne y sangre, humanidad y belleza, que ha recibido de Ella, la Madre: en Belén, en Nazaret, en el Templo de Jerusalén, en Caná de Galilea, en el Calvario, en la Eucaristía, entonces como ahora.

No hay eucaristía sin Cuerpo. No hay Cuerpo sin María. Jesús no existe sin María. Rezando el rosario, los *Avemarías* coronan los misterios del Señor. Adorando la Eucaristía, mientras vemos el pan y el vino como apariencias del Cuerpo del Hijo, encontramos una transparencia clara de la Madre: *Ave, verum Corpus, natum de Maria Virgine*.

En Nazaret se adora a Jesús Eucaristía en el altar de la Casa de María; en Jerusalén, en la Vía Dolorosa, en la Cuarta Estación del encuentro entre Jesús y la Madre, nos entregamos a una adoración eucarística continua. En el mundo, en los numerosos santuarios marianos, tienen lugar celebraciones solemnes y procesiones eucarísticas.

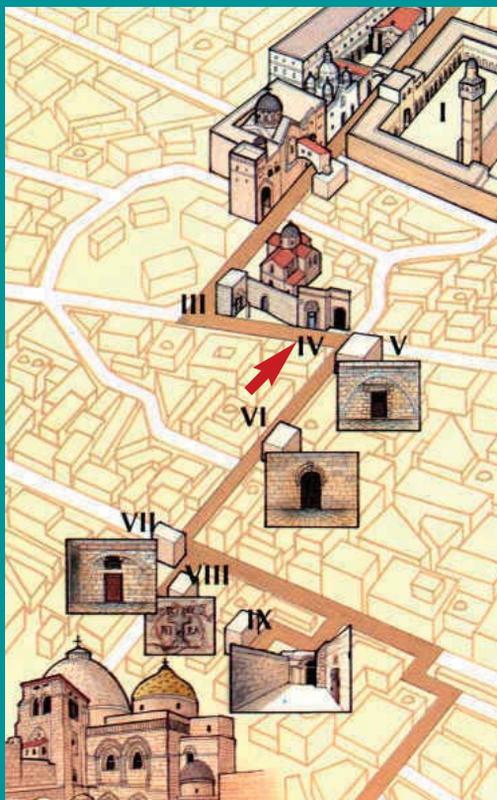
Los Caballeros y Damas del Santo Sepulcro llevan sobre su corazón las huellas del Cuerpo inmolado del Hijo de María, como una manifestación tácita e intensa de las Cinco Llagas rojas de sangre. Portadores de una Eucaristía tejida en las fibras del hábito y del alma, de pie o de rodillas, aquellos que hacen el gesto natural de bajar la cabeza hacia el corazón, adorando, invocando: «*O Iesu dulcis, o Iesu pie, o Iesu, fili Mariae*».



Mons. Fortunato Frezza
Maestro de Ceremonias de la Orden

*Nosotros queremos extender la invitación a: V E N I R.
También se dirige a usted que está leyendo ésto, ¡venga!
Jesús presente en la Sagrada Hostia espera a todo
el mundo, aquí en su Tierra que es tres veces Santa.*

Sor Gabriella Schiavone



www.religione20.net

Horarios de la adoración en la iglesia de Santa María del Espasmo:

- De martes a sábado: de 9 a 16:30.
La oración que concluye Vísperas es en italiano.
- El domingo se expone el Santísimo Sacramento a las 10:00, después de la misa.

La adoración se realiza en silencio.

Para participar en grupo es necesario imperativamente entrar en contacto con

Sor Cecylia Wilk:

cecyliawilk@wp.pl

+972 26262393